

LA VUELTA

*Se le ha muerto la gracia a Pobre-Juan.
La competencia es dura.
Se le ha muerto el aquel con que pedía
a las puertas de todas las iglesias.
Se le acaba el hablar atropellado
mascullando una lágrima.
Se le acaba la dulce pesadumbre
de medirse poco hombre.
La profesión no dá ni para un trago
de mal vino que espese
la sangre maltratada. Y para qué
llorar con tanto «oficio»,
si ya no dan ni un pitillo. Quema
las tardes Pobre-Juan sobre el asfalto
pesando su miseria.
El aire trae un canto de retamas
en el olor de afuera, por los prados.
El hombre mira lejos, a los montes
que serpean el cielo consentido.
Ya no extiende la mano al transeunte.
Se encuentra las estrellas
en la palma rugosa, con la mugre.
Dádiva tiene el viento enaromado.
Pobre-Juan se desnuda
del harapo, si toca los cabezos
regados de tomillos.
Olisquee los astros con la noche.
Pobre-Juan, ahora, es todopoderoso.
No le queda más voz, y es poderoso; yace bajo la calma.
El mundo sobresale en su bolsillo
con agujeros fríos.
Pasa la madrugada tibiamente
los dedos por su rostro
de caminante horrible.
Nada se deja, nada le arrebatan
las olas nocturnales.
¡Inmenso avanza, avanza como un agua
manando luces nuevas, por el aire
abierto a su tristeza
ya alegría!*

Manuel PINILLOS